

## Semblanza de Sandor Marai

### Por Angel Inoriza Rueda



**Sándor Márai** (de nombre auténtico Sándor Károly Grosschmid) nació con el siglo el 14 de abril de 1900. Vivió en una casa de vecinos en el seno de una acaudalada familia en la ciudad de Kassa, localidad ubicada en la época del nacimiento del escritor dentro del Imperio Austrohúngaro.

Su familia era de origen sajón, sus ancestros llegaron a Hungría en el siglo XVII y habrían sido fieles servidores de los Habsburgo. Así que el emperador Leopoldo II concedió el título nobiliario a su bisabuelo, que fue el director de las minas de su majestad en Máramos. Su padre, abogado y asesor jurídico del Banco Hipotecario, era una especie de *lord* inglés a lo húngaro. Desayunaba con extrema elegancia y refinamiento. Su bata de seda, los delicados movimientos, su sortija con el escudo familiar, su calma y su buena disposición de *pater familias*, cautivaban a diario a su hijo. Aquellas escenas matutinas parecían una celebración religiosa.

El periodismo le atraía, pero pensó que nunca habría sido útil en ninguna redacción. A sus veinte años, su meta era desvelar, en el marco de un reportaje sensacional, el misterio de la vida, ni más ni menos. Se sentaba en los bancos y cafés, siempre al acecho, nervioso, con aires de importancia, convencido de que algo iba a ocurrir de inmediato, algo decisivo y determinante. Vivía con urgencia. Pero casi nunca ocurría nada, salvo que volvía a quedarse sin dinero.

Empezó a trabajar para la sección de opinión del *Frankfurter Zeitung*, donde habían trabajado, entre otros, Thomas Mann, Stefan Zweig y Gerhart Hauptmann: todos los que importaban en la Europa Central. Enviaba crónicas en alemán desde París, Londres, Jerusalén y El Cairo, describiendo cualquier cosa que se le antojara interesante, como el extraño tono de voz de una persona, la pena de un camarero en Marsella, las lecturas preferidas de un perrero o el desorden de una

habitación de hotel en Lyon. Los personajes de Márai evocan sus memorias, sus nostalgias, y repiten los mismos errores que cometieron entonces. Nada ha cambiado. Todo, todos, continúan igual y actúan de idéntica forma. Sus personajes suelen ser tipos desarraigados, artistas, escritores ignorados y todos a la búsqueda de una existencia y de sí mismos.

Además de solitario (“*Soy solitario por naturaleza y suelo huir de la gente*”), fue un escritor comprometido con su obra, deseaba expresar el mismo mensaje con cada frase que escribía, puede decirse que, como muchos otros, escribía el mismo libro con diferentes argumentos, pero la esencia, el alma de todos ellos era la misma, la vida. Claro que, la lucidez de los diálogos, de las situaciones, de los sentimientos que expresa seduce al lector con cada título y de diferente manera. Para él, las experiencias dichas o escritas con palabras deben provocar en los seres humanos un proceso reflexivo que conduzca a la acción. La literatura debiera ser un instrumento que modifique la convivencia, alterando los principios básicos de la vida privada y de la comunidad, de toda una civilización.

Las circunstancias políticas en Hungría tras la segunda guerra mundial le obligaron a abandonar su patria. Para resumir el periplo de su exilio debemos aclarar que tras el liberador desembarco de Normandía en 1944 vivió tres años más en Pest para luego ir a un destierro que duraría 36 años: Nápoles, Nueva York, Salerno y, por último, San Diego, en California. Los acontecimientos siguieron su curso.

Pero si hay un palpito que parece cruzar como un sino toda la vida de Márai, ese es el de la pérdida. Su único hijo biológico murió víctima de un gen hemofílico. Perdió su patria, lo que le produjo un desgarramiento casi impronunciable. Luchó en Italia y Estados Unidos, lugares donde vivió más tarde, por preservar su lengua. Padeció un largo periodo de indiferencia hacia su obra. En enero de 1986 murió Lola, la compañera fiel de toda su travesía. Del modo más sorpresivo, su único y adoptivo hijo, János, murió a la edad de cuarenta y seis años, en abril de 1987. Los círculos concéntricos de su vida se habían cerrado, uno a uno, irreversibles.

Sea como fuere, solo, sumido en una mente clarividente y lúcida que asistía a su progresiva decrepitud, el 15 de enero de 1989, Márai escribe de su puño y letra en *Diarios 1984-1989* (el resto del diario lo escribió a máquina) el último apunte: “*Estoy esperando el llamamiento a filas; no me doy prisa, pero tampoco quiero aplazar nada por culpa de mis dudas. Ha llegado la hora*”. Hasta su último aliento sigue siendo un poeta. Se suicidó el 21 de febrero de 1989 de un disparo en la cabeza; la hora de su muerte consta en el Mercy Hospital de San Diego.

\* \* \*